

The book cover features a central dark blue oval containing a crescent moon and stars. This oval is framed by a decorative border of purple and pink roses on a blue mosaic background. The title is written in white serif font within the oval.

LOS
CINCO
BESOS
DE LA
LUNA

MIRIAM
MOSQUERA

LOS
CINCO
BESOS
DE LA
LUNA

MIRIAM
MOSQUERA

FAERIS

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de cubierta: Azura Arts - @azura.arts

Ilustración de las guardas: Paulina Forys - @mauve_potion

Mapa: Andrés Aguirre

Ilustraciones interiores: Judit Mallol

Imágenes interiores: 123RF y colaboradores

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miriam Mosquera, 2026.

Autora representada por IMC Agencia Literaria

© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 979-13-88108-06-8

Depósito legal: M. 5.903-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para todos aquellos que han tenido la suerte de amar a un animal,
y para todos los que han sufrido el dolor de perderlo.*

*Y, sobre todo, para Ele y para Curro.
Porque siempre seréis las estrellas más brillantes de mi cielo.*

REINO DE RIEVA





Taika

Creador



Ikaroa 

Diosa de la noche, el invierno y la muerte



Ninfe 

Diosa de la naturaleza
y los animales



Idriel 

Diosa de las estrellas



Shaa 

Dios del fuego



Imnón 

Dios del viento



Mekros 

Diosa de las aguas

Tanon 

Dios de las montañas

Katana 

Diosa del sexo y la fertilidad

Cyx 

Dios del trueno y
las tormentas

*Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el
final de mis días.*

*Como sierva de la Madre Creadora, juro entregarle mi cuerpo y
mi alma, convertir los ecos de su voluntad en mis pasos, hacer
suyos mi corazón y mi vida.*

*Yo, sacerdotisa de la noche, juro permanecer pura, esconder mi
rostro y no romper estos votos jamás.*



Prólogo

El oráculo del templo de Zawa estaba al descubierto, por lo que el único techo que lo cubría era la bóveda de la noche. Los rayos de luz de luna lo acariciaban todo con su plata y atravesaban las vidrieras que decoraban los altos muros, haciendo que sobre el azul oscuro del cristal brillaran las constelaciones de Idriel, diosa de las estrellas y protectora del templo. A lo lejos se oía el sonido de las olas golpeando los acantilados sobre los que se alzaba el edificio, una perla de mármol blanco que parecía vigilar desde lo alto la inmensidad del océano.

—En el principio de los tiempos —leyó Danessa en voz baja— Taika, nuestro todopoderoso creador, se arrancó el corazón.

La joven estaba arrodillada frente al círculo del oráculo, leyendo el Libro de los Dioses. Su rostro estaba cubierto con el daceo, el finísimo velo de color blanco que las sirvientas de la noche estaban obligadas a vestir. Por suerte aún era verano y, aunque el norte era más frío que el sur, no necesitaba un abrigo que protegiera su piel de las garras congeladas de la madrugada.

—Del trozo izquierdo del corazón de Taika nació Hashkin, el dios del día, la vida y el verano —continuó—; del derecho, la diosa de la noche, la muerte y el invierno, nuestra Divina Madre Ika-

roa. De las gotas de sangre restantes nacieron los dioses menores, como Ninfe, Mekros o Idriel.

Las antorchas de las paredes iluminaban las altas columnas del oráculo, los mosaicos dorados del suelo, las esculturas de los dioses que vigilaban la estancia. El agua del augar, el pozo sagrado en el que se realizaban los rituales, estaba tan tranquila que parecía la superficie de un espejo, uno en el que ni la luna ni las estrellas podían evitar mirarse.

—Hashkin e Ikaroa se enamoraron y, juntos, crearon nuestro mundo —siguió Danessa—. Sol y luna, verano e invierno, norte y sur..., todo tenía un equilibrio perfecto porque estaba hecho desde el amor más puro y poderoso, un amor que podría haber sido infinito como la eternidad; pero entonces llegó la traición, y el universo entero se dividió en dos.

Danessa se estremeció, y la tristeza que compartía con su diosa se le atascó en la garganta. Todos los habitantes de Rieva guardaban dentro el dolor de Ikaroa, sintiéndolo como si fuera suyo. Habían nacido de su llanto, así que el odio hacia el reino de Ilta y sus dioses les corría por las venas.

Guardó unos instantes de silencio ceremonial, recreándose en la pena que acompañaba a los norteos, y después dejó el Libro de los Dioses a un lado. Los pasos de aquel ritual siempre eran los mismos, por lo que sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el final de mis días —recitó—. Como sierva de la Madre Creadora, juro entregarle mi cuerpo y mi alma, convertir los ecos de su voluntad en mis pasos, hacer suyos mi corazón y mi vida. Yo, sacerdotisa de la noche, juro permanecer pura, esconder mi rostro y no romper estos votos jamás.

Danessa observó la calma del augar, y después cogió el cuchillo que había dejado a su derecha. Como era una voz, su labor en el templo era la de comunicarse con los dioses, la de interpretar la lengua celeste con la que estos les mandaban mensajes. Lo había hecho cientos de veces, pero, a pesar de su experiencia, seguía sin-

tiéndose pequeña e insignificante ante la inmensidad de Ikaroa y su panteón de lunas.

Ignorando las dudas que se le clavaban dentro como cristales, se besó los dedos índice y medio de la mano derecha y después los colocó sobre su corazón. Podía notar los latidos acelerados, las tensas subidas y bajadas de su pecho.

—Yo, sacerdotisa de la noche —dijo—, le entrego mi sangre a la Madre como símbolo de mi servidumbre, de mi compromiso contra la lucha del dios traidor y de todos sus súbditos. Que la ira de la Luna caiga sobre él.

Sujetó el cuchillo con fuerza y, sin pensarlo, se cortó la palma izquierda. La sangre no tardó en teñirle la piel de rojo, y ella, ignorando el dolor, se puso en pie. Extendió la mano sobre el augar y dejó caer en el agua las gotas de rubíes líquidos que goteaban de la herida.

—*Nai* —susurró, usando esa vez la lengua celeste—. *Atende á miña mensaxe.*

El agua del augar permaneció tranquila, aún dormida, y Danessa esperó. Enseguida comenzaría a moverse, como las olas del mar, y Danessa escucharía la voz de Ikaroa, o quizá la de Idriel, protectora del templo. Los dioses nunca, jamás, los habían abandonado.

Sin embargo, el tiempo pasó y el augar permaneció en calma, sin vida, convertido de pronto en un pozo que nada tenía de sagrado. Danessa no sintió la presencia de los dioses en el oráculo, y el silencio fue haciéndose cada vez más pesado. ¿Dónde se habían metido? ¿Por qué no respondían? ¿Había hecho algo mal?

La inquietud y el arrepentimiento estaban empezando a envenenarla por dentro, enquistándole las entrañas, cuando alguien la llamó:

—Dany.

La voz de Vera, la superiora del templo, hizo que la sacerdotisa se sobresaltara.

—Superiora —respondió, inclinando la cabeza.

La mujer se acercó hasta ella y, cuando estuvo frente al augar, se besó los dedos índice y medio de la mano derecha y se los colocó sobre el corazón. Al igual que Danessa, llevaba el rostro cubierto por el daceo, un símbolo de respeto y sumisión ante la Madre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la superiora—. Deberías estar durmiendo junto a tus hermanas. Es muy tarde.

Aunque la tela del daceo le impedía verle los ojos, Danessa percibió su preocupación. Con el tiempo había aprendido a interpretar el tono de voz de sus compañeras, a descubrir los secretos que escondían los rostros velados de sus hermanas.

—Superiora, nunca es tarde para buscar la compañía de Ikaroa. Necesitaba hablar con la Madre.

—¿Le has mandado un mensaje?

—Así es, pero no ha respondido. Supongo que la guerra es ahora mismo su máxima prioridad.

Vera suspiró con cansancio y alzó la cabeza, perdiendo la mirada en el manto de estrellas que se extendía sobre ellas. No muy lejos de allí, los soldados de Rieva se enfrentaban a los de Ilta. Llevaban milenios haciéndolo porque los humanos habían sido creados por una enemistad divina que convertía el odio a sus vecinos en algo visceral y primitivo. Desde que Hashkin había traicionado a Ikaroa, la sangre corría por los ríos del sur y manchaba los bosques del norte, sumiéndolos a todos en un conflicto oscuro que convertía la paz en un mero sueño.

—Tenemos mucha suerte de no estar en el campo de batalla, Dany, pero no olvides que lo que hacemos aquí también es luchar —le dijo Vera—. Las lúares somos quienes mantenemos contentos a los dioses. Sin ellos, Rieva habría caído en manos de Ilta hace ya mucho tiempo. Puede que Ikaroa no te haya respondido aún, pero lo hará. Ella siempre lo hace. Somos sus elegidas.

Danessa asintió, y el cálido orgullo que le provocaba ser una sierva de la noche palió parte de su inquietud. Cuando una niña nacía en Rieva, sus padres estaban obligados a llevarla al templo más cercano. Si no era reclamada por los dioses, la recién nacida

volvía con su familia; si la Madre la llamaba, se quedaba en el templo para siempre.

Y a ella, para sorpresa de todos, la había llamado.

Aunque provenía de una familia humilde de Saranda, había terminado sirviendo allí, en el templo de Zawa. La Madre la había salvado del hambre, de la miseria, de una vida marcada por la desolación de la guerra. Por si eso fuera poco, las lúares habían descubierto enseguida que poseía una mente ágil y despierta, así que habían comenzado a instruirla. Tras mucha preparación, había superado el examen para convertirse en voz del oráculo, siendo una de las pocas privilegiadas a las que se les permitía conocer la lengua celeste. Eso había hecho que sus ambiciones crecieran, que llegara a pensar que podía conseguir todo lo que se propusiera. No había un solo día en el que no soñara con convertirse en la próxima suma sacerdotisa de Rieva, con que Ikaroa la eligiera para tan importante misión.

—Esta noche brillan tanto que parecen lágrimas —musitó Vera, volviendo a perderse en el brillo de las estrellas—. Creo que la Madre está triste.

—Ikaroa está triste desde que el traidor le rompió el corazón.

La superiora guardó silencio y, aunque Danessa no podía verle el rostro, supo que la tristeza le había oscurecido la mirada.

—El amor es muy peligroso, Dany, por eso es muy importante que nunca entreguemos nuestro cuerpo. Debemos protegernos del dolor, tal y como quiere la Madre.

Danessa abrió la boca, pero enseguida se arrepintió y volvió a cerrarla. Las lúares como ella tenían prohibido enamorarse. Como sirvientas sagradas de la noche, no podían mostrar su rostro ni dejar que tocaran su piel. Su vida estaba dedicada a los dioses, y tanto su cuerpo como su alma les pertenecían por completo. Ningún mortal era digno de tratar con ellas, y el más mínimo acercamiento era considerado el peor de los sacrilegios.

Quizá por eso, porque lo sabía, el secreto que guardaba le supo amargo, tan ardiente y peligroso como un veneno.

—Lo sé, superiora —se resignó a responder.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —le dijo Vera, volviendo a bajar la vista hacia ella—. Es sobre Évolet.

Al escuchar el nombre de su compañera, la sacerdotisa apretó los labios. Danessa y ella tenían la misma edad, y habían sido mejores amigas desde su llegada al templo. Sin embargo, Évolet había destrozado su confianza y amistad, obligándola a distanciarse. De niñas se quedaban despiertas para compartir sus sueños y anhelos en la oscuridad de su habitación; en ese momento, sin embargo, Danessa se avergonzaba hasta de mirarla.

—¿Évolet? —preguntó—. ¿Qué le ocurre?

—Últimamente la veo muy distraída. Es la candidata preferida para ser la nueva suma sacerdotisa, pero tiene que seguir esforzándose para ganarse el favor de Ikaroa. Yo la apoyaré, claro, pero es la Madre quien tiene que elegirla. No sé qué tiene en la cabeza últimamente, pero parece que está olvidándose de sus obligaciones.

Danessa cerró los ojos, y tuvo que morderse la lengua para no transformar sus pensamientos en palabras. Sabía que Vera iba a apoyar a Évolet, y que la mayoría de las lúares también lo harían. Y Ninfe, Mekros, Idriel y Tanon. A nadie parecía importarle que siempre llegara tarde a las ofrendas de la tarde, o que su orgullo le hiciera creer que tenía razón incluso cuando sabía que estaba equivocada. Todos la apoyarían, claro, y cuando Ikaroa la eligiera ella seguiría siendo invisible, una niña pobre de Saranda que se había atrevido a soñar demasiado alto.

Qué tonta había sido. Qué ilusa.

Bajó la vista hasta el augar, obligándose a ignorar la rabia que le escocía en el pecho, y entonces lo sintió. Una gota cayó sobre la piel desnuda de sus manos, y después otra, y otra. El agua del pozo sagrado se vio también perturbada por una repentina llovizna que rompió la calma de su superficie.

Danessa frunció el ceño y miró hacia arriba. Unas espesas nubes negras habían empezado a cubrir el cielo, tapando la luna y las

estrellas. Aunque lo que lloraban parecía lluvia, esta no solía ser tan delicada, ni tan fría ni se derretía al contacto con su piel.

—Nieve —musitó—. No puede ser.

No, no podía estar nevando en Zawa, no en pleno verano. Observó sus manos, hipnotizada por la mágica belleza de la nieve, y justo en ese momento el agua del pozo comenzó a moverse. Tanto ella como Vera la observaron con inquietud y, cuando el suelo bajo sus pies tembló, contuvieron el aliento.

—¿Qué es eso? —preguntó la sacerdotisa—. ¿Un terremoto?

—Dany, tenemos que salir de aquí. ¡Ya!

La tierra rugió, como una bestia furiosa, y ambas comenzaron a correr hacia la salida. Sin embargo, no pudieron alcanzarla. A los pocos pasos, Vera gritó y cayó de rodillas, como si una flecha invisible le hubiera atravesado el corazón.

—¡Superiora!

Con el miedo estrujándole el estómago, Danessa se agachó junto a ella. Vera se llevó las manos al pecho, de pronto sumida en un dolor insoportable. Le costaba mucho respirar, y Danessa no pudo hacer otra cosa que apartarle el daceo. Las lúares eran las únicas que tenían permitido ver el rostro de sus compañeras, y conocía el de Vera a la perfección. Era dulce, de formas redondeadas y cálidos ojos marrones, pero lo que encontró en él fue un rictus de terror.

—Vera —susurró Danessa. Las manos le temblaban por culpa del miedo, del frío repentino que había traído la nieve, pero, aun así, se forzó a hablar, a intentar ayudarla—. Tenemos que salir de aquí.

La tierra tembló de nuevo y la superiora volvió a gritar, clavándose las uñas en el pecho.

—Vera, por favor.

Las lúares de Zawa llegaron corriendo al oráculo justo cuando comenzó a nevar con más fuerza. Todas parecían asustadas, recién levantadas. La mayoría de ellas ni siquiera tenía puesto el daceo, y el pelo se les llenó enseguida de aquellos inesperados copos

blancos que lloraba el cielo. Danessa reconoció a Hissa, a Mitra y a Ardrea, al resto de sus compañeras y hermanas. No había ni rastro de Évolet.

—¡Superiora! —gritó Mitra—. ¡Dany! ¿Estáis bien?

Las lúares avanzaron hacia ellas, pero la tierra volvió a temblar y una de las columnas del oráculo se desmoronó. Al chocar contra el suelo se rompió en mil pedazos, y todas se vieron obligadas a retroceder.

—¡Marchaos! —les indicó Danessa—. ¡Es peligroso estar aquí!

—¡No os vamos a abandonar! —le respondió Ardrea.

Danessa volvió a mirar a Vera, pero al hacerlo se quedó sin respiración.

Los ojos de su superiora se habían vuelto negros, oscuros como la noche. Danessa ahogó un grito y quiso apartarse, pero la mujer le agarró de la muñeca izquierda y se lo impidió.

—Évolet —dijo. No era la voz de Vera, sino un gruñido de ultratumba, un gruñido engarzado en sombras—. Évolet.

Danessa intentó zafarse, pero los dedos de su superiora la apretaron con más fuerza.

—Évolet —repitió la superiora—. *Onde está?*

Danessa tardó un solo instante en darse cuenta de que Vera no estaba hablando su idioma, sino el de los dioses. Sin embargo, su superiora no era una voz, no conocía la lengua celeste, y era imposible que la estuviera utilizando.

—No... no lo sé —respondió.

La tierra volvió a estremecerse y la nieve, enfurecida, las golpeó con la rabia de su invierno. Danessa casi no podía ver el rostro de Vera y notaba la tela del daceo mojada; el frío se le estaba metiendo en los huesos. De fondo escuchaba la furia del mar, las olas estrellándose contra los acantilados de Zawa como si quisieran acabar con ellos.

—*Sábelo* —le dijo la superiora—. *Ti sábelo.*

La sacerdotisa negó con la cabeza e intentó apartarse de nuevo, pero le fue imposible.

—Yo no...

—*Responde á Nai que che deu a vida.*

Y, de golpe, Danessa lo comprendió.

«Responde a la Madre que te dio la vida».

Los ojos negros, la voz grave, la lengua celeste. Aunque era extremadamente raro, los dioses podían utilizar una vía de comunicación más directa que el oráculo para mandarles mensajes. No era la primera vez que alguno de ellos utilizaba como recipiente un cuerpo mortal. Había leyendas que decían que de esa forma habían propiciado incluso uniones carnales, descendiendo al mundo de los humanos para entregarse al placer.

Por eso, porque no era la primera vez que ocurría, Danessa lo supo: la mujer que estaba frente a ella ya no era su superiora, sino la mismísima diosa Ikaroa.

Y estaba respondiendo a su mensaje.

—Madre...

—Évolet —repitió la diosa.

Las vidrieras del oráculo estallaron y las lúares, aterradas, se abrazaron las unas a las otras. Danessa no podía moverse, aún sujeta con fuerza por la mano de Vera. Buscó los ojos de Ikaroa, esos ojos negros, poderosos e inmortales que ya no le parecían los de un monstruo, pero, cuando los encontró, ocurrió algo. De pronto se quedó sin aire, congelada, y al instante supo que la diosa se había metido en su interior. Podía notar el corazón de la noche latiendo junto al suyo, los dedos de la oscuridad acariciándola por dentro.

«Tranquila», le susurró la voz de Ikaroa, mucho más suave que la que había salido de entre los labios de Vera, en la lengua mortal. «Soy yo, tu Madre».

La diosa comenzó a buscar en su interior como quien busca algo en su propio hogar, como si conociera mejor que nadie sus aristas y sus vértices. No estaba usando el cuerpo de Danessa, como había hecho con el de Vera, sino escarbando en los recuerdos que escondía su mente. Y, al encontrar el que le interesaba, se detuvo.

Danessa tuvo que revivir el momento en el que, cuatro días atrás, llegó a la cueva de la playa y encontró a Évolet con ese sureño traidor. Él estaba tumbado sobre su regazo; ella, acariciándole con una veneración que una sacerdotisa solo debería dedicar a sus dioses. Enseguida reconoció el uniforme de los soldados de Hashkin, el sol dorado del reino de Ilta bordado sobre su corazón, y volvió a sentir el dolor, el asco, la pena; todo ello aderezado con la rabia de Ikaroa.

—¡No se lo cuentes a nadie, por favor! —le había suplicado la que, hasta ese momento, había sido su mejor amiga—. ¡Si alguien se entera de esto, lo matarán!

—¿Y no es eso lo que se merece? —le había respondido ella—. ¡Tocarte es un sacrilegio!

—¡Tú no lo entiendes, Dany! ¡Estoy enamorada! Aiden... Aiden me ha hecho recordar quién soy.

—¡Entonces renuncia a tus votos! ¡Quítate el daceo y vive como una marginada para siempre, pero no mancilles nuestro templo!

—Sabes perfectamente que no puedo hacer algo así. Soy... soy la única que no podría hacerlo jamás.

Ikaroa saltó a otro recuerdo, este de hacía solo dos días. Évolet y ella habían coincidido en el ritual de la medianoche y, aunque Danessa se había esforzado por no dirigirle la palabra, su amiga no había dejado de buscarla.

—Te dije que te alejaras de él —le había dicho, asqueada al ver cómo Évolet fingía no estar cometiendo la peor de las blasfemias—. Si no estás dispuesta a marcharte del templo, al menos ten dignidad.

—Si me dejaras explicarte...

—¡Évolet, no puedes amar a un siervo de Hashkin! ¡Fuimos creados para odiarnos!

—No somos tan diferentes como crees.

Danessa había ahogado un grito, incapaz de creer que su amiga estuviera poniendo en duda los fundamentos de su religión, y tuvo que contener las ganas de abofetearla. ¿Qué estupideces le

había metido ese sureño en la cabeza? ¿Cómo había podido manipularla así? Siempre la había creído más fuerte, más lista.

—Así que todas tus creencias se tambalean por haberte dado cuatro o cinco besos con un traidor —le dijo—. Qué decepción.

—A los cinco besos yo ya sabía que le amaba. Te aseguro que no hay nada más poderoso que un sentimiento como ese, Dany. Ojalá algún día lo descubras.

Ikaroa salió de la mente de la sacerdotisa y le soltó la muñeca. Ella, aunque liberada, se sintió repentinamente incompleta, como si le hubieran arrancado algo, como si siempre fuera a echar de menos el suave tacto de la diosa acariciándola por dentro.

Quiso explicarle a Ikaroa lo que acababa de ver, pero, antes de que pudiera abrir la boca, la diosa cogió aire y gritó. El sonido que salió de entre sus labios ensordeció a las lúares, que se vieron obligadas a taparse los oídos. No era un grito humano, sino uno hecho con el dolor de la noche, un grito que sonaba a castigo, a sangre, a muerte; un grito que resquebrajó las paredes del templo de Zawa y enfureció aún más al océano.

«Cinco besos», dijo la diosa. A pesar de que el cuerpo de Vera seguía gritando, ahogándose en un lamento desgarrador, la voz de Ikaroa llegó a todos los rincones del mundo. «Cinco besos y el frío del invierno».

Una poderosa luz estalló en la sala del oráculo, y Danessa sintió un frío intenso desgarrándola por dentro. El dolor la paralizó y, cegada por el brillo que emitía la diosa, cayó de rodillas al suelo. Se retorció, incapaz de hacerle frente al hielo que le estrujaba el corazón, y después se desplomó. Las lúares, indefensas, lo hicieron tras ella. Primero cayó Ardrea, después Hissa, después Mitra. Los habitantes del norte también lo hicieron, y los del sur, y los del continente entero. Todos sintieron en su cuerpo el dolor de Ikaroa, la traición de Évolet, el frío de la nieve que lloraba la noche.

«Cinco besos —repitió la diosa—. Cinco besos necesitaron para enamorarse, y cinco besos necesitaréis para morir».

Y, así, Ikaroa maldijo a la humanidad para siempre.